

Eduardo Haro Tecglen



STALIN
y sus fantasmas

Stalin y sus fantasmas
Eduardo Haro Tecglen

Fuente:
Tiempo de Historia
Marzo de 1978

Maquetación actual:
Demófilo
Octubre
2019

p

Libros Libres
para una Cultura Libre



Biblioteca Omegalfa
2019
Ω

Eduardo Haro Tecglen

Stalin

y sus fantasmas

Stalin obtuvo grandes éxitos diplomáticos, en las conferencias de Yalta y Postdam: La consolidación del régimen soviético y su expansión. Y cuando se enfrentó con la guerra fría... de nuevo su dureza y su calidad de acero le fueron útilísimas. (En la imagen Stalin en Postdam).



Stalin en la Conferencia de Postdam.

EL 5 de marzo de 1953 la Dirección General de Prensa hizo una llamada a los diarios madrileños. Daba una noticia y una orden: Stalin había muerto y los periódicos debían ser lacónicos en la información y en el comentario. Las instrucciones eran bastante concretas: el número de columnas a que debía titularse la información en primera página, la cantidad de fotografías con que podía ilustrarse. La cantidad de información no tenía por qué indicarse: procedía exclusivamente de la Agencia EFE, controlada por el Estado, y por lo tanto la fuente se dirigía y controlaba ya en su origen. La orden produjo consternación. Se consideraba, razonablemente, una noticia trascendental. Algún periódico de la tarde había preparado pizarras y carteles con la noticia para exponerlos en lugares céntricos de Madrid.

Junto a la consternación, aparecía el asombro. ¿Por qué? La muerte de Stalin podía cambiar la faz del mundo, modificar toda la política soviética... En los periódicos españoles se sabía ya que la forma oficial de tratar todas las informaciones procedentes de la URSS era la de minimizarlas, o incluso negarlas. Por ejemplo, cuando en septiembre de 1949 la URSS anunció que había hecho estallar su primera bomba atómica, rompiendo el monopolio de los Estados Unidos, el General Franco hizo unas declaraciones en las que emitía la posibilidad de que en realidad los rusos hubieran hecho una fortísima explosión de trilita para simular que estaban en posesión del arma atómica.

Años más tarde, el 4 de octubre de 1957, los soviéticos pusieron en órbita el primer satélite artificial de la historia de la humanidad, el Spútnik. El comentarista oficioso de la

política internacional del régimen, don Pedro Gómez Aparicio, mantuvo que era una simulación. Soy testigo e interlocutor de una conversación mantenida en el antedespacho del director general de prensa, don Juan Aparicio, en la que en espera de ser recibido, don Pedro explicaba su tesis:

—Bip, bip, bip... Esa es la señal que está oyendo todo el mundo y ellos dicen que viene del espacio exterior. Pero en realidad es una emisora de radio normal y corriente la que la trasmite, para dar esa sensación...

Anunciar que la muerte de Stalin podía producir cambios históricos tema numerosas contraindicaciones. Por ejemplo, por comparación: el régimen español había sido creado por Franco, pero trascendería después de Franco, porque los hombres fundamentales crean un régimen que les sobrevive después de muertos...



La doctrina española en torno a la Unión ;Soviética estaba basada en estas ideas que procedían sin duda de un análisis concreto de la realidad, ajustado a unos datos: solamente que el punto de partida era enteramente erróneo y, por lo tanto, conducía hacia el desbarre. El punto de partida era el de que la URSS no era más que un inmenso territorio de nieve y barro, hundido en la pobreza, y que la doctrina comunista había acabado con toda posibilidad técnica, científica y cultural.

Sobre todo, la comparación con los Estados Unidos era prácticamente imposible. No se podía concebir que de una nación en ruinas —sobre todo, después de la devastación de la guerra— pudiera surgir el primer satélite artificial de la humanidad. La cuestión de la bomba atómica se había ido explicando por una cuestión de pillaje. Los soviéticos habían capturado a los sabios alemanes que estaban a punto de crear el «arma absoluta» —como se consideraba entonces— y los habían obligado a trabajar para ellos. En realidad, esto era lo que habían hecho los Estados Unidos con Von Braun y su equipo humano y material.

Sin embargo, los propios propagadores de esta doctrina de las falsificaciones científicas soviéticas, en la que sin duda muchos de ellos creían de buena fe, se encontraban a sí mismos en contradicciones importantes. ¿Cómo era posible que este país atrasado y destruido, conducido por un personaje torvo y torpe, aniquilador del pensamiento, y con una doctrina enteramente negativa, pudiera obtener una serie de éxitos internacionales? ¿De dónde salía esa extraña capacidad? *De un pozo de Bakú.*

La explicación se la escuché personalmente a don Gabriel Arias Salgado, Ministro de Información, en la sobremesa de un almuerzo en el club de prensa de la calle del Pinar.

—Stalin viaja con frecuencia y no se dan explicaciones de dónde va. Pero nosotros lo sabemos. Se va a la República de Azerbaijón, y allí, en un pozo abandonado de las perforaciones petro-



Gabriel Arias Salgado

líferas, se le aparece el Diablo que surge de las profundidades de la tierra. Stalin recibe las instrucciones diabólicas sobre cuánto ha de hacer en política. Las sigue al pie de la letra y esto explica sus éxitos pasajeros. Pasajeros, naturalmente. Las

puertas del infierno —situadas circunstancialmente en un pozo petrolífero de Bakú— no prevalecerán. Por eso podía mantenerse un cierto optimismo. Dios, finalmente, no dejaría nunca triunfar al malo. A partir de unas ciertas creencias, esto es axiomático. Don Gabriel Arias Salgado fue el Ministro de Información que dio la orden de minimizar la noticia de la muerte de Stalin.

La censura, normalmente, no daba explicaciones de sus órdenes. Incluso parece que los censores que entraban en comunicación con los periódicos tenían instrucciones serenas de no dar nunca la motivación. A veces se producían pequeñas indiscreciones, pero nada más. El enigma de la minimización de la noticia de la muerte de Stalin tuvo, sin embargo, que trascender. Tenía una lógica. Anunciar que la muerte de Stalin podía producir cambios históricos tenía

numerosas contraindicaciones. Por ejemplo, por comparación: el régimen español había sido creado por Franco pero trascendería después de Franco, porque los hombres fundamentales crean un régimen que les sobrevive después de muertos.

Y por conveniencia: si España era un baluarte frente al comunismo soviético, y el comunismo soviético podía desaparecer tras la muerte de Stalin, España desaparecería también como baluarte —no sería necesario— lo cual podría ser perjudicial para los intereses nacionales. Podría influir, supongo, la idea madre del pozo de Bakú. Si el Diablo asomaba allí su cornamenta para dar instrucciones a los comunistas, es de suponer que igual le daría hacerlo personalmente con Stalin, a pesar del excelente satanismo receptivo de éste, o de cualquiera de sus sucesores.

Todo ello suena hoy a ingenuidad, y en algunos de los ejemplos expuestos a profunda estulticia. Pero la realidad es que funcionaba así. Y todo el mundo conoció las razones de por qué el Ministerio de Información obligaba a reducir el valor de la noticia de *la muerte de Stalin*.

No todo el mundo, realmente. Una persona no se enteró nunca: el General Franco. Poco tiempo después de estos hechos, Franco recibió en audiencia a una comisión de periodistas que, entre ritos de presentación y de tributo de homenajes y agradecimientos —era frecuente, entonces, agradecer al General Franco todos sus esfuerzos en pro de la dignificación de la profesión periodística, esfuerzos y resultados que no viene al caso comentar aquí— pretendían colocarle los problemas de la profesión, reducidos concretamente a uno: los periódicos se vendían poco, la industria periodística estaba en crisis.

Parece ser que el General Franco tenía una habilidad ex-

traordinaria en no escuchar quejas engorrosas, o en desviarlas y adelantarse a ellas. En aquel caso, según alguno de los testigos interlocutores, Franco revirtió la culpabilidad de la situación sobre los propios periodistas que no sabían fabricar buenos periódicos, interesantes periódicos. Trataba así de desviar el tema de la censura, que veía surgir. Y explicó:

—Recientemente, me ha asombrado ver el poco interés que han dado ustedes a la noticia de la muerte de Stalin. Era un acontecimiento de primera magnitud, hubiera hecho vender miles y miles de ejemplares de los periódicos, y sin embargo ninguno ha sabido sacarle punta. ¡Y no me dirán ustedes que se lo prohibió la censura!

Efectivamente, nadie se lo dijo, a pesar de que todos conocían la prohibición. Había dificultades en negar a Franco algo que él aseguraba vehemente. El General continuó su lección de periodismo explicando lo que sabía de Stalin: que era pequeño de estatura y llevaba plantillas y botas de alza para aparentar que era más alto, y otra serie de anécdotas que a él le parecían eminentemente periodísticas. El tema de la censura quedó olvidado en aquella conversación, y Franco quedó con la sensación de que los periodistas, en efecto, no sabían hacer periódicos.

No puedo garantizar la exactitud de las palabras de Franco que transcribo. Las he oído en versiones muy parecidas, pero yo no estaba presente. Sí estaba presente, sin embargo, en otra ocasión en que el mismo tema de la escasa venta de los periódicos españoles se planteó ante el Ministro Arias Salgado. Sin embargo, nadie parecía muy decidido a exponer la causa original. Se hablaba de la concurrencia de la radio y de sus boletines de información —entonces no había televisión—, de la escasez de papel... Alguien, fi-

nalmente, se atrevió a mencionar la censura. Don Gabriel Arias Salgado sonrió con su aire paternal, como si esperase la cuestión, y respondió:

—La censura... Puede, sí, que haga algún daño a las empresas y a los periodistas. Pero, a cambio, ¡hace tanto bien! Tengo datos concretos. Por ejemplo, desde que se implantó en España ha descendido vertiginosamente la masturbación...

Lo sabía, aclaró, por estadísticas de confesionario.

Pero todo esto es otra cuestión.



[Esta imagen de Stalin en su juventud, obra pictórica de Toidze que se conserva en la Galería Tretiakov, lo representa como un idealizado revolucionario, con la Antología de la Poesía Georgiana (su patria chica) en las manos].

La realidad es que la identificación de Stalin y el comunismo, soviético o no, con el Mal absoluto, y concretamente con el Demonio, no era una cuestión de la niñería política española. Era un tema de Occidente.

Lo había proclamado el propio Churchill al sellar su alianza de guerra con Stalin: «Nos aliamos con el demonio...». Lo mantenía una mística nazi, lo mantuvo después durante la guerra fría todo un ejército de predicadores y políticos de los Estados Unidos, a comenzar con el famoso senador McCarthy.

Había teólogos que le consideraban el Anticristo, y horadaban las profecías y las escrituras para encontrar rasgos paralelos. Occidente montaba una Cruzada con toda la preparación psicológica necesaria. No prendía bien. Por motivos de guerra, la URSS acababa de ser exaltada como aliada, y sus éxitos militares —¡Stalingrado!— habían estado de parte del Bien. Aunque a veces los cambios bruscos tienen más efecto que las gradaciones, la conversión de Stalin en demonio era demasiado fuerte. Sobre todo, porque en los países europeos había habido una fuerte resistencia clandestina contra el nazismo y el fascismo, y los comunistas eran conocidos por sus camaradas de guerrilla, campo de concentración o cárcel: difícilmente los podía identificar contra el Mal Absoluto, sobre todo cuando el Mal Absoluto oficial había sido el hitlerismo contra el cual habían combatido juntos. Más eficaz fue una oleada racionalista: la de los conversos, la de los que —en el estereotipo de lenguaje que se usaba— «escogían la libertad». Koestler, Kravchenko, Ayn Rand.

Todavía Europa era sensible a lo que consideraba una exposición lógica. Y en estas exposiciones lógicas en forma de novela o de reportaje, en todo caso de testimonio, se describían los crímenes de Stalin. Un continente que salía de una dictadura terrorífica dudaba de la posibilidad de que le alcanzase otra dictadura terrorífica. Y la figura de Stalin, desde el anticomunismo; oscilaba entre todas estas carac-

terísticas: el Anticristo, el Demonio mismo, un aliado del Demonio; un loco, un vesánico, un asesino; o el representante máximo de una doctrina cruel y totalitaria.



[El año 1913 -año de la fotografía-, adoptaría el nombre de Stalin: “Hombre de acero”. En este mismo año, Stalin participa en la conferencia bolchevique de Cracovia. El 7 de marzo se produciría el último arresto de Stalin, a quien en julio de este mismo año se deportaría a Siberia).

La gran sorpresa iba a producirse en febrero de 1956: en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, Stalin era denunciado por sus propios camaradas. Nikita Krutschev decía:

«Nuestro partido, todos nosotros, condenamos resueltamente a Stalin por los errores y las deformaciones groseras que han perjudicado gravemente la causa del partido y la causa del pueblo».

Cuenta la anécdota —no sé con qué verosimilitud— que mientras se desarrollaba esta sesión acusatoria, llegó un papel a la presidencia en el que alguien, anónimamente, preguntaba qué habían hecho los otros dirigentes para oponerse a la desviación de Stalin. Krutchev leyó el papel en público y preguntó quién lo había escrito. Nadie respondió.

Y Krutchev: «Las mismas razones que tiene ahora para ocultarse y no decir su nombre el que nos hace esta pregunta eran las que teníamos nosotros para callarnos en la época de Stalin: el miedo».

La historia oficial del Partido Comunista de la Unión Soviética comenta las revelaciones del XX Congreso:

«Ciertos defectos de Stalin, ya señalados por Lenin, contribuyeron grandemente a desarrollar ese culto (a la personalidad). Los éxitos obtenidos por el Partido Comunista y el pueblo soviético, así como las alabanzas a él dirigidas, le trastornaron la cabeza. Sobrestimando exageradamente su papel y sus méritos, se creyó infalible y emprendió la glorificación de su persona. El divorcio entre sus palabras y sus actos crecía incesantemente. Sobre todo en los últimos años de la vida de Stalin su culto ocasionó un perjuicio grave a la dirección del Partido y del estado. Estos defectos impidieron el desarrollo de la sociedad soviética, causándole graves daños, impidiendo a las masas desarrollar su iniciativa».

En el mundo comunista se produjo una inmensa perplejidad. Sin duda la más grave de una accidentada historia de cambios de conciencia, de acusaciones a personas que habían sido objeto de veneración —Trotski—, de ataques y matanzas a quienes habían sido protagonistas de la historia y del partido —los revisionistas, los desviacionistas—, de

cambios bruscos de alianzas —el pacto germano- soviético—. Todo ello había producido huidas, decepciones, amarguras, abandonos, que nunca pasaron de ser movimientos masivos, y que la gran fuerza centrípeta de la guerra había tendido, si no a reunir, sí a paliar. -La destalinización, palabra que apareció entonces por primera vez, iba a ser la primera de una serie de grandes divisiones y de roturas en el movimiento comunista internacional, continuando con la «diferencia ideológica» entre la URSS y China y la serie de sucesos que culminan ahora con el eurocomunismo. La gravedad de estas rasgaduras de conciencia es máxima: el comunismo se presentó desde el principio como un «socialismo científico», dando a la palabra ciencia toda la infalibilidad que se le otorgaba en el siglo XIX: esto es, la infalibilidad.

Frente a humanismos o literaturas, frente a moralismos o suspensiones de ánimo, el marxismo, luego marxismo-leninismo, respondía con «la frialdad de la ciencia» y los «análisis objetivos» que presentaban la tersura de lo incontrovertible. Con las matemáticas. Mientras los aterrados anticomunistas atribuían nada menos que al Diablo la sucesión de éxitos del comunismo y la URSS en todos los campos —sucesión de éxitos innegables: desde la amargura y la penuria de la revolución de 1917 hasta la influencia sobre la mitad de la población del mundo y la grandeza técnica y militar, incluyendo a países de atraso milenario como China o en la frontera misma del imperialismo, como Cuba—, los militantes lo atribuían a una ciencia única.

Si la ciencia se escindía en varias escuelas opuestas, si el representante máximo de esa ciencia —Stalin— era un loco que había perdido la cabeza, si los crímenes masivos de los

que acusaban a Stalin los occidentales y los renegados eran verdad, el mundo ya no podía seguir siendo el mismo, ellos ya no podían seguir siendo los mismos. El drama continúa. Pero al mismo tiempo la destalinización atraía a otras personas. Personas que habían creído en el comunismo original, en la ciencia de Marx y Engels, en el impulso y la doctrina de Lenin y que creían, con muchas razones y muchos ejemplos a aducir, que la revolución se había transformado en un sentido negativo, que la idea original de libertad y de cambio radical de la sociedad había sido traicionada y se había esclerotizado en un molde repulsivo. El verdadero comunismo volvía: todo el mal se cifraba en una persona, Stalin.

Estos nuevos incorporados, estos conversos o reconversos, lo esperaban todo de la destalinización. A partir de la muerte de Stalin, los campos de concentración se abrían, y millones de prisioneros políticos volvían a sus hogares. Unas reformas económicas trabajaban en el sentido de la producción de bienes de consumo: esto es, de un mayor bienestar y un mejor nivel de vida para el pueblo ruso. Lo más importante: se abría la tentativa de «coexistencia pacífica». Es decir, comenzaba a desaparecer el peligro de guerra nuclear. Y, después de algunas breves luchas por el poder —Malenkov, Buñganin, el aún stalinista Molotov— aparecía un hombre nuevo que era el antistalin: Krutshev. Era un gordo bonachón y dicharachero, capaz de enfadarse justamente y de mantener actitudes duras —como la que produjo en París cuando el espionaje americano con los aviones U-2—, autor de frases felices, metafórico, chistoso, provisto de un abundante repertorio de cuentos campesinos, simpático.

Para estos conversos, para los que supieron suturar sus

rasgaduras interiores, esperaban nuevas pruebas difíciles: además de la ruptura con China, los sucesos de Hungría y de Checoslovaquia —Praga cumple ahora diez años—. La represión política iba a ser menos cruel que en tiempos de Stalin: pero funcionan los manicomios en lugar de los campos de concentración, y los disidentes se encuentran con toda clase de condenas, desde la prisión hasta la muerte civil. Sobre el mundo iba a lanzarse una nueva ola de renegados. El más espectacular de todos —pero también el más fanático, el más loco verbal, el más irracional— Solzenitsin, que actúa sobre los supuestos de un cierto fascismo. El más lúcido, Sajarov, que trabaja desde la lógica científica dentro del marxismo. Finalmente, los eurocomunismos se enfrentan abiertamente con la URSS. La negativa de dejar hablar a Santiago Carrillo —secretario general del PCE, y el más audaz de los eurocomunistas— en Moscú ha contribuido a empañar la imagen aún más.

* * *

En todo esto, la biografía de Stalin, la semblanza de Stalin se ha convertido ya en algo imposible. Entre las hagiografías del culto a la personalidad de su época triunfante y la demonología y crítica científica de sus adversarios, la imagen tiembla. Los datos de la biografía escueta son dudosos: no se sabe dónde se ha introducido la verdad y la mentira, y en qué sentido. Hijo de un zapatero georgiano y de una hija de siervo, seminarista expulsado por subversivo, marxista prematuro, deportado en Siberia en 1903 y escapado para reanudar la lucha clandestina, jefe de comandos en 1905 —atracos para procurar fondos a su organización—, nombrado en 1912 miembro del Comité

Central (en 1913 adoptaría el nombre de Stalin: «hombre de acero»), enviado de nuevo a Siberia entre 1913 y 1917, director de Pravda después de la primera revolución de 1917, comisario de Nacionalidades —su especialidad— en el primer gobierno bolchevique, enemigo de Trotski durante la guerra civil, miembro del Politburó en 1919, secretario general del Partido en 1922, reprendido por Lenin a causa de su brutalidad.

«El camarada Stalin —escribía Lenin en 1922— ha concentrado en sus manos un poder ilimitado, y no estoy seguro de que pueda servirse siempre de él con la debida circunspección».

Y, en 1923, en una nota que se mantuvo en secreto:

«Stalin es demasiado brutal, y ese defecto perfectamente tolerable en nuestro medio y en las relaciones entre nosotros, comunistas, no es tolerable en las funciones de secretario general. Propongo a los camaradas que estudien un método para que Stalin dimita de este puesto y para nombrar en su lugar a otra persona que sólo tendría una ventaja sobre el camarada Stalin: ser más tolerante, más leal, más educado y más atento con los camaradas, con un humor menos caprichoso...».

Demasiado tarde. Los poderes de Stalin eran ya efectivamente ilimitados. Stalin, tras la lucha por el poder contra Trotski —y Xamenev, y Xinoviev— se quedó con la dirección suprema del partido. Y del país.

Su idea de la revolución sacrificial: pasar por encima de las conveniencias humanas para llegar al todo. La deportación de millones de kulaks, las purgas, las expulsiones... En 1930, Stalin había convertido el partido y el país en su

propia dictadura personal. Algunas cifras: De los 1.966 delegados del XVIII Congreso (1934), 1.108 fueron detenidos después por «crímenes anti-revolucionarios»; de los 139 miembros titulares y suplentes del Comité Central elegidos en 1934, 98 fueron ejecutados entre 1937 y 1938. Cerca de 850.000 miembros del partido —más de la tercera parte— fueron excluidos.

En 1941 sobrevino la invasión alemana, Stalin había tratado de evitarla mediante el pacto germano-soviético. Estaba convencido de que Hitler y las naciones democráticas, sobre todo después del Pacto de Munich, trataban de invadir y destruir la URSS: el pacto había sido la forma de desviar esa amenaza. Pero no pudo evitarla.

Y Stalin tomó la dirección: toda su crudeza, toda su fuerza implacable, fueron en ese momento trascendentales. La participación personal de Stalin en la victoria sobre Alemania fue —además de otras razones— decisiva. Pero a la URSS le costó entre veinte y treinta millones de muertos.

Stalin obtuvo grandes éxitos diplomáticos después, en las conferencias de Yalta y Postdam: la consolidación del régimen soviético y su expansión. Y cuando se enfrentó con la guerra fría —el intento de los aliados occidentales, fuertes con el arma absoluta de la bomba atómica— de nuevo su dureza y su calidad de acero le fueron utilísimas.

Esto es apenas una ficha biográfica. La apreciación psicológica, la apreciación política, son difícilmente aproximables todavía, a pesar de los cientos de biografías y de historias generales que se han escrito sobre Stalin, la URSS y el período histórico que engloba. Una tesis muy defendible es que condujo el comunismo hacia una forma de régimen que no estaba prevista por sus fundadores y sus ideólogos: una forma cruel, dictatorial, contraria a la libertad humana

que trataba de defender. Otra fórmula también defendible es que con Stalin se consolidó el comunismo, la URSS se convirtió en una nación de primer orden, a partir de unas estructuras en el mundo, y ocupa un lugar en el mundo que no había tenido nunca.



[La participación personal de Stalin en la victoria sobre Alemania fue decisiva. Pero a la URSS le costó entre veinte y treinta millones de muertos.

En la fotografía, tomada en los primeros meses de la campaña contra el Reich invasor, aparece Stalin con el mariscal Chapochnikov, Jefe del Estado Mayor General de la Stavka).

La cuestión eternamente debatida es si hubiera podido producir estos efectos sin contar con los primeros, y si un comunismo más idealista, más bucólico, hubiera podido sobrevivir a los ataques mundiales organizados a partir de 1917. Y. otra cuestión eternamente debatida es si esto merece la pena. Si la sangre, el terror, la miseria y la angustia derramadas no tienen mucho más peso que la construcción de un imperio soviético y la consolidación de un comunismo que no es como debía ser.

Stalinismo, antistalinismo, destalinización, son palabras que tienen 25 años en estos momentos. Están vivas. Entre las dudas que surgen, hay una mantenida no sólo por los anticomunistas, sino por militantes o simpatizantes que han tenido que volverse reflexivos a la fuerza: si Stalin configuró el comunismo hasta darle la forma triunfante que conocemos en los países del Este, o si es el mismo sistema implantado por Lenin el que tenía que conducir indiscutiblemente a este extremo.

En la separación del leninismo que, con todas las reservas y todo el prudente lenguaje necesario, va a decidir el IX Congreso del PCE en abril, hay ya una forma de acusación a que la desviación del comunismo original comienza con el propio Lenin. Será una discusión elucidadora, que se espera con el máximo interés, y que sin duda sobrepasará los niveles de simple oportunismo —ubicación del PCE en la forma predemocrática española— para alcanzar niveles tóricos. Hasta ahora, hay dificultad en discernir stalinismo de comunismo: los largos y espectaculares años de poder y su personalidad han conseguido una forma de identificación.

Los problemas que se plantean hoy son varios. Primero: el stalinismo no ha dejado de existir en la práctica, a pesar de las maldiciones del XX Congreso; se ha suavizado, pero está presente. Segunda, y complementaria, la destalinización no ha alcanzado el nivel previsto. Sin duda, en la URSS, por cuestiones de seguridad nacional, por miedo a que un ablandamiento del régimen abra las puertas al enemigo exterior.

El stalinismo puede no ser ya una forma de política en la URSS y en los países del Este. Pero es un estado de ánimo, una «manera de ser», como decía José Antonio Primo de

Rivera de la Falange. Muchos de los dirigentes del comunismo mundial, incluso los que repudian el stalinismo en todas sus formas —y no sólo por táctica, ni por estrategia, sino por agudo convencimiento— tienen todavía una penetración de esta forma de ser: forma parte de su psicología. Como todos estos grandes movimientos que han sido triunfantes —como el propio franquismo— necesitan el paso de generaciones hasta que se borren: de muchas generaciones. Y de condiciones óptimas de desarrollo que eviten las situaciones de defensa y de desconfianza, el «comunismo de guerra», la clandestinidad y la persecución, que son algunos de los componentes de la actitud stalinista: la actitud comunista no la han hecho sólo los comunistas, sino también sus enemigos.

* * *

En cuanto Stalin mismo, es un poderoso fantasma que, a los 25 años de su muerte, tiene todavía una poderosa influencia sobre el mundo. Escapa a los biógrafos y a los teóricos contemporáneos. Nos lleva a tentaciones ucrónicas —¿qué habría pasado en la URSS, en el mundo, en el comunismo, si el testamento de Lenin se hubiera respetado y el sucesor hubiera sido Trotski?— que carecen de valor científico. Nos puede llevar a un stalinismo antiestalinista. Y puede llevar a muchos dirigentes a la paranoia que sin duda —según sus compañeros— sufrió el propio Stalin: una paranoia de situación, y no sólo ante espectros sino ante realidades. ■



Stalin falleció en la madrugada del 2 de marzo de 1953, en Moscú.